

Entrevista a Alejandro Dolina
Conductor de *La venganza será terrible*

"Cada vez que alguien
carente de talento e inteligencia
alcanza un éxito, me aterroriza"

Por Nicolás Colombino

Sea en el ámbito radial, literario o musical, lo esencial de este argentino inteligente es que piensa, hace pensar y en consecuencia, conmueve a quien quiera prestarle atención. Desde 1985 conduce programas nocturnos en radio que aunque tuvieran distinto nombre tenían la misma intención. Pero nadie vaya a confundirse y creer que Dolina es un conductor radial, porque sería como confundir un espejo con una mesa porque tienen forma circular, como diría el escritor inglés Chesterton. Dolina habla, pero su programa, *La venganza será terrible*, es un espectáculo teatral que "de casualidad", se transmite por radio. Lo hace desde

Buenos Aires en un auditorio y no dentro de un estudio de radio, en vivo y con público presente que cada noche puede asistir gratis. En el programa compara mitos o leyendas con situaciones y conductas que percibe en la actualidad. Su forma de expresarlo y su aguda percepción provocan sonrisas a los espectadores u oyentes. Las ironías y dobles sentidos cuando comenta artículos con consejos para la vida cotidiana generan todavía más risas. Todo esto, intercalado con música interpretada en vivo, además de respuestas inteligentes a mensajes de oyentes acerca de los temas que a estos se les ocurra plantear.

En Uruguay el programa se escucha en directo a través de Radio El Espectador y, cada tanto, Dolina viene a Montevideo a transmitir desde la capital uruguaya, donde una asistencia masiva de público lo acompaña.

¿Qué es el humor para usted? El humor... yo voy a creerle a Schopenhauer, que decía que el humor es simplemente poner una cosa en el lugar equivocado. No he sabido encontrar ninguna receta humorística que no sea funcional a esa definición. La definición es exacta pero no nos acerca emocionalmente a lo que es el humor. De todos modos, la definición debe ser amplia porque los fenómenos humorísticos son de distinta índole. Porque uno puede poner en el lugar equivocado una gansada pero también... [silencio prolongado]... un inciso de alta complejidad. Y es ahí donde está la cosa. Creo que un artista se comunica con el consumidor de arte a partir de una similitud de complejidades. El lector debe ser parecido al escritor. No puede ser muy distinto, o estar muy por debajo del escritor en complejidad de pensamiento. Y desde luego, tampoco puede estar por encima. Entonces, es verdad que uno busca su público, y el público debe parecerse. Y hay humor que se describe con dos bits, y hay humor muy complejo. Ahí está la diferencia. Entre una ameba y Shakespeare hay una diferencia antes que nada de complejidad.

¿A qué humoristas admira, quiénes le hacen reír? Muy pocos, en verdad. Yo no soy un buen consumidor de humor. Les Luthiers.

¿La venganza será terrible es un programa humorístico? ¿Está bien decir eso? Creo que no. Tiene un contenido humorístico bastante grande pero no es humorístico. Si uno se propone únicamente el humor, sin ningún otro atractivo, por decirlo así, está saltando de chiste en chiste de un modo previsible, mecánico y absurdo. Por tanto no creo en la profesión de humorista si no viene sostenida por otra, como el caso de Les Luthiers que además son músicos y actores. Tocan fenómeno. Es decir, lo que hacen es música. Y si no es gracioso por un rato, no importa porque está bien tocado. Lo que yo deseo



para el programa, que no quiere decir que se consiga, es que en los ratos en que no hay humor haya algo que tenga un interés que puede ser científico, filosófico, artístico o poético. Si tenemos suerte y desembocamos en una gracia, bueno, mejor. Pero si no, tiene que valer la pena escucharlo. Desde luego fracasamos muchas veces.

Hay mucho de teatral... Sí, muchísimo. Es mucho más un fenómeno teatral que un fenómeno radial. No seguimos ni uno de los códigos de la radio. Este programa podría emitirse cualquier día. Nunca importa qué día es porque no nos referimos, casi nunca, a la actualidad. Además, el público presente, es más importante que el público ausente. Incluso para el que no está, para el oyente que está en su casa, el público presente es también una forma de atracción porque por ahí suceden cosas que son acaso un poco inexplicables para el que oye, pero se le contagia cierta intensidad de lo que está sucediendo. Y desde luego, el que está presente recibe una emoción mucho más teatral que radial. Hay lo que Dubatti llama “el convivio”. Eso que nace cuando uno va a ver al otro en acción: “A ver este tipo, cómo actúa, cómo resuelve los problemas...” eso no es radial, eso es teatral.

¿Le preocupa olvidarse un poco de alguno de los dos públicos, olvidarse demasiado de los que están escuchando? No. A mí me parece que está bien olvidarse porque ese olvido incluso beneficia al oyente. Gesta algo que puede parecer incómodo, como “de qué se estarán riendo”, etcétera, pero que en definitiva es más beneficioso. Esa ignorancia incluso lo estimula más porque el tipo nota que algo está sucediendo, que *algo más* está sucediendo y eso me parece que conecta mejor al que está oyendo con el programa.

En esto de hacer reír, ¿cómo hace Alejandro Dolina para mantener eso todos los días? Porque todos tenemos malos días... La respuesta está en lo que dijimos antes, que a veces efectivamente no te reís pero que hay un sostén de diálogo, de perplejidad, de iluminación, que son estímulos que a veces remplazan a la risa. A veces ventajosamente.

De las muchas entrevistas que he recopilado, no he podido sacar en limpio cómo fueron sus comienzos en radio. ¿Podría recordar cómo se inició en este medio? Sí. Tuve una especie de prehistoria radial con un programa que se llamaba *Mañanitas nocturnas* que se emitía todos los días, creo que a las siete y media. Formaba parte de otro programa más amplio, pero este espacio de 45 minutos se llamaba *Mañanitas nocturnas* y yo lo hacía con Mario Mactas y Carlos Ulanovsky. Ahí nacieron algunas cosas que después pertenecieron a este programa que estoy haciendo hoy. Por ejemplo el Sordo Gancé apareció allí. Tocaba una sola pieza que siempre era la misma, *Milonga sentimental*. La gracia era que se equivocaba y lo echaban a patadas. Algunas otras cosas, como este peregrinar por las noticias o por los artículos de las revistas, también empezaron allí. Después eso terminó cuando terminó la democracia, en 1974. Vino la dictadura y no volví a hacer radio hasta que Adolfo Castelo me propuso hacer un programa en Radio El Mundo. Después de muchas idas y venidas nos mandaron a la una de la mañana, que era como no estar en ninguna parte.

Usted se resistía a ese horario de la madrugada... Sí, claro. Yo le dije “Adolfo, vamos a hacer un programa para nuestros familiares”. Y Adolfo me dijo “te voy a pedir esto Negro. Hacelo un mes, a ver si te gusta. Después vemos”. Y resultó que la gente se interesó mucho, misteriosamente. Y seguimos adelante. Guillermo Stronati era el locutor de la radio, ahí lo conocimos. Guillermo solamente decía el noticiero. Anticipaba que venía el noticiero: “Y ahora a continuación ‘tal y tal’ presenta el noticiero”. Pero de puro aburrido Guillermo se empezó a sumar a la mesa con nosotros. Y el programa tuvo muy buena y muy rápida aceptación. A pesar de que a esa hora no había ninguna forma de difusión que la radio hubiera hecho. Te imaginás vos, ¿qué interés podía tener una emisora como Radio El Mundo en promover a dos tontos que estaban a la una de la mañana? Pero se empezó a correr la bolilla, los estudiantes... Posteriormente comenzó a llegar gente al programa. Nosotros nunca la convocamos.

Nicolás Colombino::
Licenciado en
Comunicación Social
por la Universidad
Católica del Uruguay.
Comenzó escribiendo en
prensa en 1998 en el
suplemento 01
Informático de *El
Observador*. Trabajó en
la página web del
semanario *Brecha*
(2002-2005); fue
redactor en la sección
de espectáculos de *El
País* y en el semanario
gratuito *Tiempo
Uruguayo*. En 2007
realizó notas para
Mundo Agrario (Radio
Sarandí 690 AM).

Alejandro Dolina. Es argentino. Estudió Derecho, Letras, Música e Historia. Comenzó su trayectoria en los medios con la publicación de cuentos y notas en revistas. Desde 1985 es conductor de programas de radio en la noche. Hoy, sale al aire en *La venganza será terrible*, por Radio 10, 710 AM, de lunes a viernes a partir de la medianoche. Sus libros de cuentos, su disco de tango o sus comedias musicales, son más oportunidades para entrar al mundo de este artista que demuestra que el humor es una forma de inteligencia, y una vía para la reflexión.

Su primer libro fue *Crónicas del ángel gris*, publicado en 1988. Es una recopilación de cuentos y artículos a través de los cuales reflexiona e invita a reflexionar sobre el arte, el amor, la amistad, los sueños, la infancia. Compuso y escribió la *operetta criolla* *Lo que me costó el amor de Laura*, que salió a la venta en 1998 y en la que participaron Les Luthiers, Joan Manuel Serrat, Mercedes Sosa, Sandro y Julia Zenko entre otros, junto con la Orquesta Sinfónica Nacional (de Argentina).

El autor interpretó a Manuel, el protagonista de la historia. Al año siguiente publicó *El libro del fantasma*, otra colección de cuentos.

Radiocine, dos discos con breves historias musicales escritas para radio, se editó en 2002. En una de ellas participó Víctor Hugo Morales y Dolina cantó en los roles protagónicos.

Además, durante 2003 fue conductor del programa de televisión *Bar del infierno*. En 2004 se editó el disco *Tangos del Bar del infierno*, donde Dolina canta varios tangos junto con otros músicos. Su tercer libro lleva el mismo nombre que el programa de televisión y fue publicado en 2005. Aunque es también una recopilación de cuentos, la mayoría de ellos hacen referencia a leyendas o episodios históricos de China, para reflexionar sobre los temas más o menos universales que interesan al autor. *Bar del infierno* tuvo, además, su versión como espectáculo teatral, que presentó funciones en varias ciudades de Argentina, Montevideo, Madrid, Granada y Sevilla.

Y escondían a los oyentes debajo de la pecera... Empezaron a venir. Los jefes de la radio lo prohibieron y nosotros empezamos a esconder oyentes cuando venía algún alcahuete. Cuando venía algún *correvedile* de los directivos de la radio nos avisaban de abajo –porque estábamos en un séptimo piso. Nos avisaban y entonces escondíamos los oyentes en alguna oficina y, muchas veces, debajo del vidrio de la pecera del operador para que no los vieran. Finalmente la radio acabó por aceptar el asunto y habilitó primero un estudio más grande y después los viernes empezamos a ir a salones y teatros. Nunca más volvimos a los estudios.

¿Cuándo tuvo la percepción de que el programa era conocido en Uruguay? Primero aparecieron algunos orientales¹ que nos hablaban por teléfono y que dificultosamente lo escuchaban por Radio El Mundo, ya sea porque alguno se lo había recomendado o porque lo habían pescado por casualidad, no lo sé. Teníamos algunos, poquitos, que por ahí incluso cuando viajaban venían acá. La 30 [por CX 30] se hizo eco de ese ruidito y nos ofreció transmitirlo en Uruguay, y nosotros dijimos “Sí como no, transmitanlo”. Un año o dos después de empezar la 30 a transmitirlo en Montevideo, alguien tuvo la idea de que hiciéramos el programa desde allá. Eligieron un teatro, que no sé si era El Galpón, y fuimos para allá. Pero sucedió que mientras estábamos yendo, la gente

que se presentó a buscar entrada, a hacer las colas en El Galpón fue de un número tal que los del teatro dijeron “No, no se puede hacer aquí porque va a haber un lío bárbaro”. Y de un momento para otro alquilamos el cine Plaza, le hicimos suspender las funciones –pagamos un dinero– y nos metimos ahí como pudimos. Ese día, había nueve cuerdas de cola. Nueve cuerdas de cola.

¿Qué le da placer, o qué le da más placer de hacer el programa? Algunas cosas: la primera no es exactamente placentera sino que diría yo, higiénica. Es la necesidad que tengo de estudiar cada día. De estudiar cada día y de leer permanentemente buscando alguna cosa que sea interesante para el programa. De modo que en estos últimos años he dado en leer con un lápiz en la mano. Leo primero para mi placer, pero secundariamente para ver si detecto algo que pueda compartir con la gente. Pero eso me mantiene en una actividad de estudio mucho más intensa, pero *mucho* más intensa, que la que tenía en la facultad. Y eso es muy beneficioso, no hace falta que diga por qué. La otra cosa que me da placer es la apertura de los horizontes: cada noche tengo la posibilidad de conectarme, no solo con mis amigos, que trabajan conmigo, con los cuales me divierto muchísimo, sino también con gente nueva. He conocido, formando parte del público, gente que después fue muy importante en mi vida: amigos que yo he querido y quiero mucho, mujeres a

¹:: Dolina usa aquí la palabra “orientales” para referirse a personas uruguayas, dado que proceden de la República Oriental del Uruguay.



Foto gentileza de
Radio El Espectador

las que amé mucho, y que empezaron formando parte del público. Así que cada noche es también como una especie de pequeña fiesta, de pequeña reunión de amigos. Con todas las ventajas de la fiesta y de una reunión de amigos: divertirnos, ejercitar la inteligencia, tener un pequeño trato mundano, y acaso conocer alguna mina.

Ya que hablamos de placeres, demos vuelta la moneda: ¿le genera algún miedo hacer el programa, alguna duda? El programa tal vez no tanto, porque después de tanto tiempo uno está en condiciones de resolver cualquier accidente. Un programa de radio, después de todo, es efímero, se lo lleva el viento. Podemos hasta dejar de hacerlo y decir “Bueno, se suspende el programa por fallas técnicas”. Pero sí tengo mucho miedo en las presentaciones teatrales² o en las presentaciones del programa que son multitudinarias o quasi teatrales —como las que podemos tener en las ciudades grandes—, o cuando preparamos algún número musical en el programa o algo así. Es ni más ni menos que el miedo escénico, un miedo que no es tan sencillo como describir la inquietud de un artista ante la posibilidad de que algo salga mal. Yo creo que el verdadero miedo escénico es el que uno tiene de que algo que puede ocurrir venga a demostrar que no somos los que creemos ser, el miedo de que ocurra algo terrible, algo tan terrible que nos revele como no siendo los que pretendíamos. Que lo revele no solo ante los demás, sino a menudo ante nosotros mismos. El accidente teatral (alguien se queda mudo, alguien se olvida la letra, alguien resulta de golpe y porrazo, por alguna razón, absolutamente incompetente) es muy dramático. Y puede serlo si es que uno además no alcanza a salir con suficiente elegancia. Claro que puede pasar cualquier cosa, pero no es tanto el miedo a que no ande el sonido. Bueno, no anda el sonido, lo arreglaremos. El miedo que uno mismo comprenda que es incompetente. Y ese sí es un verdadero miedo, y un miedo atendible.

Pero hasta ahora no es un miedo que haya paralizado sus actividades. No, claro. Tener miedo no quiere decir quedar paralizado. Por el contrario, a

veces ese miedo nos impulsa a la actividad artística con mayor energía todavía, para poder vencerlo. Y cuál es la manera de no tener miedo a que un accidente suceda: algunos se resguardan con la superstición, y otros estudian. Yo prefiero la segunda.

¿Le cuesta ser Alejandro Dolina? En el sentido de que tiene una actividad de cultura, de inteligencia, de desafío intelectual, pero a la vez está en medios masivos: está en una radio, lo llaman los canales, vienen las revistas. ¿Se siente obligado a estar mucho en cámaras, a ir a la tele? No sé si “obligado” es la palabra apropiada, pero ¿qué sensación le genera estar en ese ámbito? Se entiende perfectamente. Y la pregunta la entiendo con agradecimiento, porque denota en quien la formula la percepción de que hay algo en los medios que me debe resultar incómodo. Y así es.

Estoy hablando de los medios argentinos, y estoy hablando de los medios de la ciudad Buenos Aires. Creo que hay en general una actitud mediática que pasa por encima del ficticio catálogo de medios progresistas, de medios reaccionarios, intelectuales o populares. La actitud general mediática es algo con algunas excepciones que acepta una normativa que debe repugnar a cualquier intelectual honesto. Así, la anécdota por encima de lo que es esencial, así la parte por el todo, la repetición fraudulenta. La elusión de todo lo que sea verdaderamente profundo y científico, el desconocimiento absoluto, la falta de destrezas artísticas. Todo eso está presente en los medios argentinos del modo más soez.

El “*star system*” de Hollywood del siglo veinte, especialmente de la primera mitad, desde luego presuponia un endiosamiento de algunas figuras. La gente contemplaba esas figuras y trataba de ser como ellas, etcétera. Pero esas figuras partían al menos de un talento, o sabían actuar muy bien, o al menos eran personas hermosísimas, o cantaban muy bien o bailaban bien, o escribían o hacían algo. El agente mediático exitoso en la Argentina en estos tiempos no sabe hacer absolutamente nada, más que ocupar ese

lugar. Y así se propone a la admiración general no ya una persona que de tan bien que canta, alcanza la dimensión de semidiós, sino una persona que no sabe hacer absolutamente nada pero que lo puede todo. Eso es un mensaje siniestro. Pero más todavía. Si desde esa posición de privilegio, aprovechando la manipulación mediática, se extermina el pensamiento crítico, se abusa de la manipulación, se conduce a la población a pensamientos absurdos mediante reiteraciones que ellos suponen son el razonamiento, entonces ya estamos ante algo difícil de soportar, pero *muy* difícil de soportar. Yo tendría que abundar en ejemplos para hacer más entendible este inciso pero no quisiera. Lo que quiero decir es que algunos personajes, aprovechando su situación, su poder de comunicación, etcétera, manipulan y engañan a la gente del modo más miserable. Evidentemente, esto me produce alguna molestia. Pero también hay algo, y lo voy a decir sin ninguna falsa humildad, que me asusta muchísimo. Cada vez que alguien carente de todo talento, de toda inteligencia, de todo trabajo previo, alcanza un éxito, no es que a mí me abrume la envidia, porque me va bien, pero me aterroriza. Tengo la sensación de que el mensaje que la gente recibe es: “No vale la pena hacer ninguna clase de esfuerzo en busca de la excelencia, basta con ser un imbécil como este para ser exitoso, rico, poderoso, influyente, etcétera”.

¿Alguna otra cosa para agregar, alguna otra inquietud? No. Yo creo, eso sí, que, en el futuro, los actos políticos más importantes que las fuerzas progresistas pueden aportar, deben ser actos mediáticos, relacionados con los medios. El poder de los medios es absolutamente demencial. Su uso es pésimo. Y no estoy hablando de la reglamentación y de un consejo de notables. Estoy hablando de fomentar la inteligencia, de fomentar a los artistas. Y de hacer que por fin, estos miserables que acabo de citar, encuentren artistas que compitan con ellos. Poner a la inteligencia a competir con estos imbéciles. Hay una frase que lo puede sintetizar: yo creo que el diablo tiene cara de estúpido. Que el delito, el abuso político, la drogadicción, todo esto encuentra el terreno más fértil en la estupidez. En la estupidez. ■■

2::
Se refiere al presentar su espectáculo teatral *Bar del infierno*, o también a presentaciones del programa que incluyen números musicales además de la estructura habitual del mismo.